



Stefan Zweig
Mendel, el de
los Libros

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

MENDEL, EL DE LOS LIBROS

STEFAN ZWEIG

PUBLICADO: 1929

**ORIGEN: FADEDPAGE
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

MENDEL, EL DE LOS LIBROS

Una vez más en Viena y regresando de una visita a los distritos periféricos, me vi sorprendido por un aguacero que, con látigo mojado, espantaba a la gente apresuradamente hacia las puertas y cobertizos, y yo mismo me apresuré a buscar un refugio protector. Afortunadamente, en Viena se halla un café en cada esquina, — así que huí al que estaba justo enfrente, con el sombrero ya goteando y los hombros empapados. Se reveló en su interior como un café de suburbio, de tipo casi esquemático, sin las réplicas modernistas de los vestíbulos musicales del centro imitado de Alemania, de corte vienés burgués y lleno de gente humilde, que consumía más periódicos que repostería. A esa hora de la tarde, aunque el aire, ya pesado de por sí, se hallaba densamente marmoleado con remolinos azules de humo, el café lucía limpio con sus visiblemente nuevos sofás de terciopelo y su caja registradora de aluminio reluciente: en mi prisa ni siquiera me tomé la molestia de leer su nombre en el exterior, ¿para qué? — Y ahora me sentaba, cálido, mirando impaciente a través de los cristales teñidos de azul, esperando a que la molesta lluvia decidiera retroceder unos cuantos kilómetros.

Sin nada que hacer, me senté allí y comencé a caer en esa pereza insomne, narcótica, que invisible emana de cada auténtico café vienés. Desde esa sensación vacía, observaba a la gente, a quienes la luz artificial de ese fumoso recinto otorgaba un gris poco saludable alrededor de los ojos, miraba a la señorita de la caja mientras repartía mecánicamente azúcar y cucharas para cada taza de café al camarero, leía medio dormido y sin plena conciencia los carteles sumamente indiferentes en las paredes, y este tipo de embo-

tamiento era casi reconfortante. Pero de repente me vi, de manera extraña, súbitamente alertado de mi semi-adormecimiento, una agitación interna comenzó, imprecisa e inquieta, en mí, como cuando surge un pequeño dolor de muelas del que aún no se sabe si proviene de la izquierda, de la derecha, de la parte inferior o superior del maxilar; solo sentía una tensión sorda, una inquietud mental. Pues de pronto —no podría decir por qué— me percaté de que debí haber estado aquí hace años y de alguna manera estar conectado con estas paredes, estas sillas, estas mesas, con este extraño recinto ahumado.

Pero cuanto más intentaba capturar ese recuerdo, más malévola y resbaladiza se retiraba —como una medusa que brilla de forma incierta en el fondo más hondo de la conciencia y, sin embargo, resulta inalcanzable, imposible de agarrar. En vano aferraba la vista a cada objeto del mobiliario; es cierto, algunos no los reconocía, como la caja, por ejemplo, con su estridente aparato de pago, o ese revestimiento de pared marrón de falso palisandro, todo aquello debió haberse instalado recién. Pero sí, pero sí, yo había estado aquí hace más de veinte años, aquí se adhería, oculta en lo invisible como un clavo en la madera, algo de mi propio yo, ya largamente cubierto de hiedra. Forzadamente extendí y empujé todos mis sentidos hacia el recinto y, al mismo tiempo, hacia mi interior —y sin embargo, ¡maldita sea! no podía alcanzarlos, ese recuerdo perdido, ahogado en mí mismo.

Me enfurecí, como suele suceder cuando algún fracaso revela la insuficiencia e imperfección de las facultades mentales. Pero no perdí la esperanza de alcanzar ese recuerdo. Solo debía aferrarme a un diminuto anzuelo, lo sabía, pues mi memoria es de un carácter peculiar, buena y mala a la vez, por un lado obstinada y caprichosa, pero luego inexplicablemente fiel. Se traga lo más importante, tanto de los acontecimientos como de los rostros, de lo leído y de lo vivido, a menudo hundiéndolo por completo en sus tinieblas, y no saca nada de ese inframundo sin presión, únicamente a instancias de la voluntad. Basta, sin embargo, que agarre un tenue soporte, una postal, unas pocas letras en un sobre, un periódico ahumado, y enseguida lo olvidado se estira, como un pez en el anzuelo, emergiendo de la superficie oscura y turbulenta de manera corpórea y sensual. Entonces, cada detalle de una persona, su boca y, en la boca, la hendidura de sus dientes a la izquierda al reír, y el tono quebradizo de esa risa, y cómo al hacerlo se mueve el bigote, y cómo surge otro, un nuevo rostro de esa risa —todo ello lo veo de inme-

diato en una visión completa y sé, de años atrás, cada palabra que esa persona me contó. Sin embargo, para percibir sensorialmente lo pasado, para verlo y sentirlo, siempre requiero de un estímulo sensorial, de un diminuto auxiliar de la realidad. Así, cerré los ojos para pensar con mayor esfuerzo, para formar y asir ese misterioso anzuelo. ¡Pero nada! ¡Otra vez nada! Enterrado y olvidado. Y me llené de tanta ira contra ese aparatito de memoria obstinada entre mis sienes, que bien podría haberme golpeado la frente con los puños, como se sacude un aparato defectuoso que retiene lo que legítimamente debe entregar. No, no podía quedarme sentado, tal era la excitación que me provocaba ese fracaso interno, y me levanté para despejarme. Pero, ¡qué extraño! apenas di los primeros pasos por el local, ya comenzaba a sentirse, vibrante y centelleante, ese primer atardecer fosforescente en mi interior. A la derecha de la caja, recordé, debía cruzarse a un cuarto sin ventanas y sólo iluminado por luz artificial. Y, en efecto: coincidía. Allí estaba, empapelado de modo distinto al de entonces, pero con las mismas proporciones, ese despoblado y difuso cuarto rectangular trasero, el salón de juegos. Instintivamente, busqué entre los objetos, con los nervios ya vibrando de alegría (sentía que pronto lo comprendería todo). Dos billones se arrastraban como estanques de lodo verde y silencioso, en las esquinas se agrupaban mesas de juego, en una de las cuales dos concejales o profesores jugaban ajedrez. Y en la esquina, junto al horno de hierro, donde se encontraba la cabina telefónica, había una pequeña mesa cuadrada. Y de repente, una revelación me atravesó por completo. Supe al instante, con un solo y ardiente y encantado estremecimiento: Dios mío, ¡ese era el lugar de Mendel, el de Jakob Mendel, de Buchmendel, y yo había llegado, tras veinte años, de nuevo a su cuartel general, al Café Gluck en la alta calle Alser! Jakob Mendel, ¿cómo pude olvidarlo, tan incomprensiblemente durante tanto tiempo, ese hombre singular y fabuloso, esa maravilla casi mítica del mundo, célebre en la universidad y en un círculo íntimo y reverente —cómo se puede perder de la memoria, él, el mago y corredor de libros, que allí se sentaba incesantemente de la mañana a la noche, un emblema del saber, la fama y el honor del Café Gluck!

Y solo por ese breve instante tuve que volver la mirada hacia mi interior, tras los párpados, y se alzó, ya fuera del torrente artísticamente iluminado de mi sangre, su inconfundible y plástica figura. Lo vi enseguida, corpóreo, como siempre sentado en aquella pequeña mesa cuadrada con la placa de mármol sucio de gris, siempre rodeado de libros y escritos. Cómo allí se

sentaba incesantemente, inamovible, con la mirada hipnótica y gafas de montura gruesa clavada en un libro, cómo se mecía mientras leía, tarareando y murmurando, moviendo su cuerpo y su calva, mal pulida y manchada, hacia adelante y hacia atrás, una costumbre traída del cheder, la escuela judía para niños pequeños del oriente. Allí, en esa mesa y sólo en ella, leía sus catálogos y libros, tal como se le había enseñado en la escuela del Talmud, cantando suavemente y balanceándose, una cuna negra y mecedora. Pues, así como un niño se duerme y se funde en el mundo a través de ese hipnótico sube y baja rítmico, según la creencia de aquellos devotos, el espíritu se entrega con mayor facilidad a la gracia del olvido gracias a este mecer y balancearse del cuerpo ocioso. Y en verdad, ese Jakob Mendel no veía ni oía nada de lo que le rodeaba. A su lado, retumbaban y parloteaban los jugadores de billar, corrían los estibadores, sonaba el teléfono; se rasponaba el suelo, se alimentaba el horno, él no percibía nada de ello. Una vez cayó una brasa encendida del horno, y a dos pasos ya el parquet chisporroteaba y humeaba, cuando, al fin, ante el infernal hedor, un cliente advirtió el peligro y se lanzó apresuradamente a sofocar el humo; pero él, Jakob Mendel, a tan solo dos pulgadas de distancia y ya entrecerrado por el humo, no había percibido nada. Porque leía, como otros rezan, como jugadores juegan y como los ebrios miran aturcidos al vacío, leía con una concentración tan conmovedora, que desde entonces toda lectura ajena me pareció profana. En aquel pequeño librero galiciano, Jakob Mendel, vi por primera vez en mi juventud el gran secreto de la concentración absoluta, que hace al artista como al erudito, al verdadero sabio como al totalmente absurdo, esa trágica fortuna y desgracia de la obsesión completa.

Me había conducido a él un colega mayor de la universidad. En ese entonces investigaba, sin mucho éxito, al aún poco reconocido médico paracelsiano y magnetizador Mesmer; pues las obras pertinentes resultaron insuficientes, y el bibliotecario, a quien yo, ingenuo novato, había pedido información, me respondió con brusquedad, diciendo que las referencias literarias eran asunto mío, no suyo. Fue entonces cuando aquel colega me dijo por vez primera su nombre. “Iré contigo a ver a Mendel,” me prometió, “él lo sabe todo y lo consigue todo, te sacará el libro más recóndito del anticuario alemán más olvidado. El hombre más eficiente de Viena y, además, un original, un dinosaurio de los libros de una raza en extinción.”

Así, fuimos los dos al Café Gluck, y he aquí, allí estaba, Buchmendel, con gafas, desaliñado en barba, vestido de negro, meciéndose mientras leía, como un arbusto oscuro al viento. Nos acercamos, pero él no se dio cuenta. Solo se limitaba a sentarse y leer, balanceando su torso de manera pagoda sobre la mesa, y detrás de él se colgaba su raída gabardina negra, igualmente forrada de revistas y papeles. Para anunciar nuestra presencia, mi amigo tosió con fuerza. Mas Mendel, con las gruesas gafas presionadas contra el libro, no percibió nada. Al fin, mi amigo golpeó la mesa, tan fuerte y sonoramente como se toca a una puerta —entonces Mendel alzó la vista, empujó mecánicamente sus gafas alteradas de forma tosca hacia arriba, y bajo las cejas cenicientas emergieron dos ojos extraños, pequeños, negros, vivos, ágiles, puntiagudos y vibrantes como la lengua de una serpiente. Mi amigo me presentó, y yo expuse mi petición, en la que primero —como me había aconsejado expresamente mi amigo— me quejé airadamente del bibliotecario, que no quiso darme información. Mendel se recostó y escupió con cuidado. Luego soltó una breve risa en un fuerte jerga oriental: “¿No quiso, dices? ¡No —no lo supo hacer! Es un inútil, un burro maldito con canas. Lo conozco, maldición, desde hace ya veinte años, pero desde entonces no ha aprendido nada. Solo sabe cobrar su sueldo, eso es lo único que saben hacer. ¡Más bien deberían estar empujando ladrillos, esos doctores, en lugar de estar sentados entre libros!”

Con esa contundente descarga de afecto se rompió el hielo, y un gesto afable me invitó por primera vez a acercarme a la mesa de mármol, cuadrada y repleta de notas, ese altar de revelaciones bibliófilas que hasta entonces me era desconocido. Expliqué rápidamente mis deseos: las obras contemporáneas sobre magnetismo, así como todos los libros y polémicas posteriores a favor y en contra de Mesmer; en cuanto terminé, Mendel entreceñó el ojo izquierdo por un segundo, como un tirador antes del disparo. Pero en verdad, tan solo esa fracción de segundo duró ese gesto de concentración, luego contó de inmediato, como leyendo de un catálogo invisible, dos o tres docenas de libros fluyendo, cada uno con lugar de publicación, año y precio aproximado. Quedé asombrado. Aunque preparado, no lo esperaba. Pero mi perplejidad le parecía deleitable; pues enseguida continuó en el teclado de su memoria, tocando las más maravillosas paráfrasis bibliotecarias sobre mi tema. ¿Acaso yo también quería saber algo sobre los sonámbulos y sobre los primeros experimentos con la hipnosis, y sobre Gaßner, las invocaciones diabólicas, la Ciencia Cristiana y Blavatsky? Otra vez llovían

nombres, títulos, descripciones; recién entonces comprendí en qué prodigio único de memoria había caído en manos de Jakob Mendel, en verdad en un léxico, en un catálogo universal con patas. Atónito, contemplé este fenómeno bibliográfico, empacado en la poco atractiva, hasta cierto punto grisienta, apariencia de un pequeño librero galiciano, que, tras escupirme quizá ochenta nombres, aparentemente de forma descuidada, pero en el fondo complacido por su triunfo consumado, se limpiaba las gafas con un pañuelo que quizá antaño fue blanco. Para enmascarar un poco mi asombro, pregunté tímidamente qué de todos esos libros podría conseguir para mí. “Bueno, ya veremos qué se puede hacer”, murmuró. “Venga mañana de nuevo, que para entonces Mendel ya le habrá conseguido algo, y lo que no se halle, se hallará en otro sitio. A quien tiene un poco de agallas, tiene también suerte.” Le agradecí cortésmente y, por mera cortesía, tropecé inmediatamente con una gran estupidez al sugerirle anotar en un papel los títulos que deseaba. En el mismo instante, ya sentí el codo advirtiéndome de parte de mi amigo. ¡Pero ya era tarde! Mendel ya me había lanzado una mirada — ¡qué mirada! — una mirada a la vez triunfal y ofendida, burlona y altanera, casi regia, la mirada shakespeariana de Macbeth, como la que Macduff impone al héroe invicto para que se rinda sin luchar. Luego volvió a reírse brevemente, el gran pomo de Adán en su garganta se mecía de modo extraño, aparentemente había tragado a la fuerza alguna palabra tosca. Y con razón, el buen y honrado Buchmendel tenía derecho a toda clase de rudeza; pues solo un extraño, un ignorante (un “Amhorez”, como dijo) podría plantearle una impertinencia tan insultante, a él, Jakob Mendel, a él, Jakob Mendel, sugerirle que le anotase un título de libro como si se tratase de un aprendiz de librero o de un sirviente de biblioteca, como si ese incomparable, ese diamantino cerebro librero necesitase jamás de tan groseros auxilios. Más tarde comprendí cuánto debí haber ofendido a ese genio excéntrico con mi atenta oferta; pues ese pequeño judío galiciano, encorvado, completamente envuelto en su barba, era un titán de la memoria. Detrás de aquella frente calcárea, sucia, cubierta de musgo gris, se hallaba, en la escritura invisible del espíritu, cada nombre y título como estampados a fuego, el que alguna vez se imprimió en la portada de un libro. Sabía de cada obra, tanto de la publicada ayer como de la de doscientos años, señalando a la primera vista, de forma nueva y anticuada, el lugar de publicación, el autor, el precio, y al mismo tiempo se acordaba, con inexacta visión, de la encuadernación, las ilustraciones y los acompañamientos en facsímil de cada libro, veía cada

obra, ya sea que la hubiera tenido en las manos o solo la hubiera avistado de lejos en una vitrina o biblioteca, con la misma claridad óptica que el artista creador ve su forma interior y lo invisible del otro mundo. Recordaba, si por ejemplo un libro se ofrecía en el catálogo de un anticuario de Regensburg a seis marcos, enseguida sabía que el mismo, en otro ejemplar, había costado hace dos años en una subasta vienesa cuatro coronas, y al mismo tiempo al primero en adquirirlo: no, Jakob Mendel jamás olvidaba un título, un número; conocía cada planta, cada infusorio, cada estrella en el eternamente oscilante y constantemente revuelto cosmos del universo de los libros. Sabía en cada sección más que los propios especialistas, dominaba las bibliotecas mejor que los bibliotecarios, memorizaba los almacenes de la mayoría de las empresas incluso mejor que sus dueños, a pesar de sus papeles y tarjetas, y sin embargo no tenía nada más que ofrecer que la magia del recuerdo, esa memoria incomparable, que tan verdaderamente se puede explicar solo a través de cien ejemplos individuales. Ciertamente, esa memoria solo había podido entrenarse y configurarse de forma tan diabólicamente infalible por el eterno secreto de toda perfección: por la concentración. Fuera de los libros, ese hombre tan extraño no sabía nada del mundo; pues todos los fenómenos del existir comenzaban para él a ser realmente cuando se transformaban en letras, cuando se recogían en un libro y quedaban, por así decirlo, esterilizados. Pero ni siquiera esos mismos libros los leía en cuanto a su sentido, a su contenido espiritual y narrativo: solo lo atraían su nombre, su precio, su forma de aparición, su primera portada. Inútil y no creativo al final, meramente un directorio de títulos y nombres de cien mil cifras, estampados en la suave corteza cerebral de un mamífero, en lugar de inscribirse, como de costumbre, en un catálogo librero, era este específico, antiguo y memorístico, de Jakob Mendel, pero en su insólita perfección como fenómeno no menor que aquel Napoleón de las fisonomías, el Mezzofanti de las lenguas, un Lasker de los inicios del ajedrez, un Busoni de la música. Empleado en un seminario, en una institución pública, ese cerebro podría haber instruido y asombrado a miles, a cientos de miles de estudiantes y eruditos, siendo una ganancia inigualable para aquellos tesoros públicos que llamamos bibliotecas. Pero ese mundo elevado le era, al pequeño e ignorante librero galiciano, que no había aprendido más que lo elemental en el cheder, eternamente vedado; así, aquellas capacidades fantásticas solo podían manifestarse como ciencia secreta en aquella mesa de mármol del Café Gluck. Sin embargo, cuando algún gran psicólogo viniera (aún falta esa obra en

nuestro mundo espiritual), que, tan tenaz y paciente como Buffon ordenara y clasificara las aberraciones de los animales, describiera de forma individual las modalidades, especies y arquetipos del poder mágico que llamamos memoria, entonces habría que recordar a Jakob Mendel, ese genio de los precios y los títulos, ese maestro anónimo de la ciencia antiquaria.

Me había conducido a él un colega mayor de la universidad. En aquel entonces investigaba al médico paracelsiano y magnetizador Mesmer, que hasta el día de hoy sigue siendo poco reconocido, pero con escaso éxito; pues las obras especializadas resultaron ser insuficientes, y el bibliotecario, a quien yo, ingenuo novato, había pedido información, me replicó de forma malhumorada que las referencias literarias eran asunto mío, no suyo. Fue entonces cuando aquel colega me mencionó por vez primera su nombre. “Iré contigo a ver a Mendel,” me prometió, “él lo sabe todo y lo consigue todo, te sacará el libro más recóndito del anticuario alemán más olvidado. El hombre más diligente de Viena y, además, un original, un dinosaurio de los libros de una raza en extinción.”

Así, fuimos los dos al Café Gluck, y he aquí, allí se hallaba él, Buchmendel, con gafas, barba descuidadamente arreglada, vestido de negro, meciéndose mientras leía como un arbusto oscuro al viento. Nos acercamos, pero él no lo notó. Simplemente se sentaba y leía, balanceando el torso de manera pagoda sobre la mesa, y detrás de él su raída gabardina negra oscilaba en el gancho, también forrada de revistas y papeles. Para anunciar nuestra presencia, mi amigo tosió enérgicamente. Mas Mendel, con las gruesas gafas fuertemente presionadas contra el libro, no se percató de nada. Finalmente, mi amigo golpeó la superficie de la mesa, tan fuerte y ruidosamente como se toca una puerta —entonces Mendel alzó la vista, empujó de manera mecánica y rápida sus gafas de montura metálica, y bajo las cejas cenicientas nos miraron dos extraños ojos, pequeños, negros, alerta, ágiles, puntiagudos y vibrantes como la lengua de una serpiente. Mi amigo se presentó, y yo expuse mi propósito, en lo cual primero —siguiendo el consejo expreso de mi amigo— me quejé airadamente del bibliotecario, que no quiso proporcionarme información. Mendel se recostó y escupió con cuidado. Luego soltó una breve risa con un marcado jerga oriental: “¿No quiso, dices? No —no supo hacerlo! Un patán es, un asno golpeado con pelo canoso. Lo conozco, por Dios, desde hace ya veinte años, pero desde entonces no ha aprendido nada. Solo sabe cobrar su sueldo, eso es lo único que hacen. ¡Más bien de-

berían estar empujando ladrillos, esos doctores, en lugar de sentarse con los libros.”

Con esa fuerte descarga del ánimo se rompió el hielo, y un amable gesto me invitó por primera vez a la mesa de mármol, cuadrada y recubierta de notas, ese altar de revelaciones bibliófilas que hasta entonces me era desconocido. Expliqué raudamente mis deseos: las obras contemporáneas sobre el magnetismo y todos los libros y polémicas posteriores a favor y en contra de Mesmer; en cuanto terminé, Mendel entrecerró el ojo izquierdo durante un segundo, como un tirador antes del disparo. Pero, en verdad, tan solo esa fracción de segundo duró ese gesto de concentración, luego comenzó a enumerar, como leyendo de un catálogo invisible, dos o tres docenas de libros, cada uno con el lugar de publicación, el año y el precio aproximado. Quedé pasmado. Aunque estaba preparado, no lo había previsto. Pero mi asombro le parecía deleitable; pues enseguida empezó a tocar en la especie de teclado de su memoria las paráfrasis bibliotecarias más maravillosas sobre mi tema. ¿Acaso yo también deseaba saber algo sobre los sonámbulos, sobre los primeros experimentos con la hipnosis, sobre Gaßner, las invocaciones diabólicas, la Ciencia Cristiana y Blavatsky? De nuevo se derramaron nombres, títulos, descripciones; recién comprendí que había caído ante un prodigio único de la memoria en manos de Jakob Mendel, en verdad ante un léxico, un catálogo universal con patas. Atónito, observé este fenómeno bibliográfico, encajonado en la poco agraciada, e incluso algo grasienta, envoltura de un pequeño librero galiciano, que, tras soltarme cerca de ochenta nombres, aparentemente de forma descuidada, pero en su fondo complacido por su triunfo desvelado, se limpiaba las gafas con un pañuelo que tal vez hubiese sido blanco en otra ocasión. Para disfrazar un poco mi asombro, pregunté con timidez qué de todos esos libros podría conseguir para mí. “Bueno, ya veremos qué se puede hacer”, murmuró. “Venga mañana de nuevo, que para entonces Mendel ya le habrá conseguido algo, y lo que no se encuentre, se hallará en otro sitio. Al que tiene un poco de agallas, también le llega la suerte.” Le agradecí cortésmente y, por mera cortesía, cometí una gran tontería al sugerirle que anotase en un papel los títulos que deseaba. En ese mismo instante, ya sentí el codo de advertencia de mi amigo. ¡Pero era demasiado tarde! Mendel ya me había lanzado una mirada — ¡qué mirada! — una mirada a la vez triunfal y ofendida, burlona y soberbia, casi regia, la mirada shakespeariana de Macbeth, como la que Macduff impone al héroe invicto para que se rinda sin luchar. Luego volvió a reír bre-

vemente, y el gran pomo de Adán en su garganta se mecía extrañamente de un lado a otro, como si hubiera tragado a la fuerza alguna palabra tosca. Y con toda razón, el buen y recto Buchmendel tenía derecho a toda clase de rudeza; pues solo un extraño, un ignorante (un “Amhorez”, como dijo) podría plantear una impertinencia tan insultante, a él, Jakob Mendel, a él, Jakob Mendel, sugerirle que le anotase un título de libro como si fuera un aprendiz de librero o un sirviente de biblioteca, como si ese incomparable, ese diamantino cerebro librero jamás necesitara tan groseros auxilios. Solo más tarde comprendí lo mucho que debía haber herido a ese excéntrico genio con mi cortés ofrecimiento; porque ese pequeño judío galiciano, encorvado, completamente envuelto en su barba y además jorobado, era un titán de la memoria. Detrás de aquella frente calcárea, sucia, cubierta de musgo gris, se hallaba, en la escritura invisible del recuerdo, cada nombre y título como si estuvieran estampados a fuego, el que alguna vez se imprimió en la portada de un libro. Sabía de cada obra, tanto la publicada ayer como la de doscientos años, indicando al primer golpe, como si leyera de un catálogo invisible, el lugar de publicación, el autor, el precio, de forma nueva y anticuada, y recordaba en cada libro, con visión infalible, al mismo tiempo la encuadernación, las ilustraciones y los acompañamientos en facsímil, veía cada obra, ya sea que la hubiese tenido en las manos o solo la hubiese divisado de lejos en una vitrina o biblioteca, con la misma claridad óptica con que el artista creador percibe su forma interior y aquello invisible de otro mundo. Recordaba, si por ejemplo un libro se ofrecía en el catálogo de un anticuario de Regensburg por seis marcos, enseguida sabía que ese mismo ejemplar había estado hace dos años en una subasta vienesa por cuatro coronas, y al mismo tiempo el primero en adquirirlo: no, Jakob Mendel jamás olvidaba un título, un número; conocía cada planta, cada infusorio, cada estrella en el eternamente oscilante y constantemente revuelto cosmos del universo de los libros. Sabía en cada sección más que los propios especialistas, dominaba las bibliotecas mejor que los bibliotecarios, memorizaba los almacenes de la mayoría de las empresas incluso mejor que sus dueños, a pesar de sus papeles y archivos, y sin embargo no poseía más que la magia del recuerdo, esa memoria incomparable, que solo se puede explicar verdaderamente a través de cien ejemplos individuales. Ciertamente, esa memoria solo había podido formarse y configurarse de manera tan diabólicamente infalible por el eterno secreto de toda perfección: por la concentración. Fuera de los libros, ese hombre tan extraño no sabía nada del mundo; porque

todos los fenómenos del existir comenzaban para él a ser realmente cuando se transformaban en letras, cuando se recogían en un libro y, por decirlo de algún modo, se esterilizaban. Pero ni siquiera esos libros les atribuían significado, su contenido espiritual y narrativo: solo lo atraían su nombre, su precio, su forma de presentación, su primera portada. Inútil e improductivo en última instancia, meramente un directorio de títulos y nombres de cien mil cifras, estampado en la tierna corteza cerebral de un mamífero, en lugar de ser escrito, como de costumbre, en un catálogo librero, era este específico, anticuado y memorístico de Jakob Mendel, pero en su insólita perfección como fenómeno no menos que el Napoleón de la fisonomía, el Mezzofanti de las lenguas, un Lasker de los inicios del ajedrez, un Busoni de la música. Empleado en un seminario, en una institución pública, ese cerebro podría haber instruido y asombrado a miles, a cientos de miles de estudiantes y eruditos, siendo una ganancia inigualable para aquellos tesoros públicos que llamamos bibliotecas. Pero ese mundo elevado le era, al pequeño e ignorante librero galiciano, que apenas había superado su escuela del Talmud, eternamente vedado; así, aquellas fantásticas habilidades solo podían manifestarse como ciencia secreta en aquella mesa de mármol del Café Gluck. Sin embargo, cuando algún gran psicólogo viniese (aún falta esa obra en nuestro mundo espiritual), que, tan tenaz y paciente como Buffon, ordenara y clasificase las aberraciones de los animales, describiendo de forma individual las modalidades, especies y arquetipos del poder mágico que llamamos memoria, entonces habría que recordar a Jakob Mendel, ese genio de los precios y los títulos, ese maestro anónimo de la ciencia antiquaria.

Según el oficio y para los ignorantes, Jakob Mendel, por supuesto, se consideraba únicamente un pequeño cazador de libros. Todos los domingos aparecían en la “Neue Freie Presse” y en el “Neue Wiener Tagblatt” los mismos anuncios estereotipados: “Compro libros antiguos, pago los mejores precios, venga de inmediato, Mendel, Obere Alserstraße”, y luego un número telefónico, que en realidad era el del Café Gluck. Hurgaba entre almacenes, transportaba cada semana con un viejo criado barbudo nuevas presas a su cuartel general y de allí de nuevo, pues le faltaba la concesión para un comercio de libros regular. Así quedó en manos del pequeño cazador, en una actividad poco lucrativa. Los estudiantes le vendían sus libros de texto, y a través de sus manos pasaban desde la edición más antigua a la siguiente más joven; además, él intermedió y se encargaba de conseguir cualquier obra solicitada, cobrando un pequeño recargo. Para él, el buen

consejo costaba poco. Pero el dinero no tenía cabida en su mundo; pues nunca se le había visto de otra forma que siempre con el mismo abrigo raído, bebiendo su leche por la mañana, a media tarde y por la noche, y comiendo dos panes o alguna ración ligera al mediodía que le traían del mesón. No fumaba, no jugaba, se podría decir que ni siquiera vivía, solo sus dos ojos, tras las gafas, vivían, y alimentaban sin tregua aquella enigmática criatura, el cerebro, con palabras, títulos y nombres. Y la blanda y fértil masa absorbía con avidez esa abundancia, como un prado que succiona mil y, acaso, mil gotas de lluvia. La gente no le interesaba, y de todas las pasiones humanas conocía quizá solo la una, la más eminentemente humana de la vanidad. Cuando alguien acudía a él en busca de información, después de haber buscado ya en cien otros sitios sin éxito, y él podía darle al instante la respuesta, eso le proporcionaba satisfacción, placer, y quizá también el hecho de que en Viena y en las afueras vivieran unas pocas decenas de personas que honraban y necesitaban sus conocimientos. En cada uno de esos ingentes conglomerados de millones, que llamamos ciudad, siempre se hallan en algunos puntos pequeñas facetas que reflejan un mismo universo en una diminuta superficie, invisibles para la mayoría, valiosas solo para el conocedor, el hermano en la pasión. Y todos esos entendidos en libros conocían a Jakob Mendel. Así como, cuando se quería pedir consejo sobre una partitura, se acudía a Eusebius Mandyczewski, que se hallaba entre los amigos de la música con su gorrito gris, sentado amistosamente en medio de sus archivos y partituras y resolvía sonriente, de un solo vistazo, los problemas más difíciles, así como hoy todavía todo aquel que necesita esclarecimientos sobre el teatro y la cultura altvienesa se dirige sin falta al omnisciente padre Glossy, de igual manera peregrinaban, con la misma confianza natural, los pocos bibliófilos vieneses devotos, en cuanto había que descifrar una nuez especialmente dura, al Café Gluck a ver a Jakob Mendel. Observar a Mendel en una consulta de este tipo me proporcionaba a mí, joven y curioso, un deleite de una especie particular. Mientras que, en otras ocasiones, si se le presentaba un libro de menor importancia, cerraba el cubiertas con desdén y murmuraba: “Dos coronas”, se apartaba respetuosamente frente a alguna rareza o un ejemplar único, colocaba una hoja de papel debajo, y se veía que de pronto se avergonzaba de sus sucias, tintadas, de uñas negras de tanto manipularlo. Entonces empezaba a hojearlo con ternura, con cautela, y con una inmensa reverencia, página tras página. Nadie podía interrumpirle en ese instante, tan poco como se interrumpe a un verdadero devoto en ora-

ción, y en verdad aquella observación, el tacto, el olfato y la ponderación tenían en cada uno de esos actos algo del ceremonial, de la secuencia culta y reglamentada de un acto religioso. Su espalda encorvada se movía de un lado a otro, mientras murmuraba y gruñía, se rascaba el cabello, emitía extraños sonidos vocálicos, un alargado, casi asombrado “Ah” y “Oh” de admiración arrebatada y luego, de pronto, un “Oi” o “Oiweh” rapidísimo cuando una página resultaba ausente o un folio era devorado por la polilla. Finalmente, pesaba la cubierta con respeto en la mano, la olfateaba y palpar el cuadrado del libro con los ojos entrecerrados, tan emocionado como lo estaría una niña sentimental con una tuberosa. Durante esa algo enrevesada operación, naturalmente el propietario debía contener su paciencia. Al concluir el examen, Mendel daba voluntariamente, casi entusiasmado, toda la información, a la que invariablemente se unían anécdotas de largo alcance y dramáticos informes de precios de ejemplares similares. Parecía volverse más brillante, joven, más vivaz en esos instantes, y solo algo le enfurecía desmesuradamente, cuando un novato le ofrecía dinero por esa tasación. Entonces se retiraba, ofendido, como un concejal de galería al que un americano de paso intenta entregar una propina por su explicación; porque tener en la mano un libro valioso significaba para Mendel lo que para otro lo era un encuentro con una mujer. Esos momentos eran sus noches platónicas de amor. Solo el libro, nunca el dinero, tenía poder sobre él. En vano intentaron grandes coleccionistas, entre ellos el fundador de la Universidad de Princeton, reclutarle como asesor y comprador para sus bibliotecas, — Jakob Mendel se negó; no pensaba de otra manera que en el Café Gluck. Hace treinta y tres años, con barba aún suave y negra y rizos en la frente, era él, un pequeño jovencito enclinado, que había venido del oriente a Viena para estudiar rabinato; pero pronto abandonó al severo Jehová para entregarse al relumbrante y múltiple politeísmo de los libros. Fue entonces cuando encontró primero el Café Gluck, y gradualmente se convirtió en su taller, su cuartel general, su oficina de correos, su mundo. Como un astrónomo solitario en su observatorio que, a través de la diminuta rendija del telescopio, contempla noche tras noche las miríadas de estrellas, sus caminos misteriosos, su caótico devenir, su extinguirse y reencenderse, así miraba Jakob Mendel, a través de sus gafas, desde aquella mesa cuadrada del Café Gluck hacia el otro universo de los libros, que igualmente giraba eternamente y se regeneraba, en este mundo sobre el nuestro.

Por supuesto, era muy respetado en el Café Gluck, cuyo renombre para nosotros se tejía más a través de su invisible cátedra que de la patrocinación del ilustre músico, el creador de la “Alceste” y la “Ifigenia”: Christoph Willibald Gluck. Allí era parte del mobiliario, al igual que la antigua caja de cerezo, los dos billarillos mal remendados, el alhaja de cobre para el café, y su mesa era custodiada como un santuario. Pues su numerosa clientela y sus exploradores eran, cada vez, gentilmente instados por el personal a hacer algún pedido, de modo que la mayor parte de los beneficios de su ciencia terminaba en la amplia y cadera de cuero que portaba el jefe de camareros, Deubler. A cambio, Buchmendel gozaba de múltiples privilegios. Tenía libre el teléfono, le recogían su correo y gestionaban todos sus pedidos; la vieja y obediente señora de los aseos le cepillaba el abrigo, cosía botones y le llevaba cada semana un pequeño fajo de ropa para lavar. Solo a él se le permitía que le trajeran, desde el mesón vecino, una comida al mediodía, y cada mañana el señor Standhartner, el propietario, se presentaba personalmente en su mesa para saludarle (aunque generalmente, absorto en sus libros, Jakob Mendel no se percataba de tal saludo). A las siete y media en punto entraba, y solo cuando se apagaban las luces abandonaba el local. No hablaba con los demás clientes, no leía periódico, no notaba ningún cambio, y cuando el señor Standhartner le preguntó amablemente alguna vez si no le parecía que con la luz eléctrica leía mejor que antes, bajo el pálido y tembloroso resplandor de las lámparas de gas, él miró, perplejo, hacia las bombillas: ese cambio, pese al ruido y al jaleo de una instalación de varios días, le había pasado completamente desapercibido. Solo a través de los dos agujeros redondos de sus gafas, por medio de esas dos lentes centelleantes y absorbentes, se filtraban las miles de millones de infusorios negros de las letras en su cerebro, y todo lo demás transcurría a su alrededor como un ruido vacío. En realidad, había pasado más de treinta años, es decir, la totalidad de su vida despierta, exclusivamente en esa mesa cuadrada, leyendo, comparando, calculando, en un sueño continuo, interrumpido solo por el sueño.

Por ello, me invadió una especie de terror al ver aquella mesa de mármol, como oráculo, de Jakob Mendel, que en ese recinto lucía vacía como una losa funeraria. Solo ahora, ya envejecido, comprendía cuánto se pierde con cada uno de esos hombres, primero porque todo lo único se vuelve, día a día, más valioso en nuestro mundo, que se torna irremediabilmente uniforme. Y luego, el joven e inexperto de mí había llegado a querer a ese Jakob

Mendel desde una profunda intuición. En él me había acercado, por primera vez, al gran secreto de que todo lo especial y todopoderoso en nuestra existencia solo se logra mediante una concentración interior, mediante una monomanía sublime y santificada por la locura. Que una vida pura en el espíritu, la completa abstracción en una única idea, aún pueda ocurrir hoy, un olvido tan profundo como el de un yogui indio o de un monje medieval en su celda, y es más, que suceda en un café iluminado eléctricamente, junto a una cabina telefónica —ese ejemplo lo había recibido de nuestros conmovedores poetas de aquel completamente anónimo y pequeño cazador de libros, cuando era joven. Y, sin embargo, yo había llegado a olvidarlo —aunque en los años de guerra y en uno de aquellos que se dedicaron con similar entrega a su propio trabajo. Ahora, ante esa mesa vacía, sentía una especie de vergüenza por él y a la vez una renovada curiosidad.

¿Dónde se habrá ido, qué le habrá sucedido? Llamé al camarero y pregunté. —No, un tal señor Mendel, lo siento, no lo conozco; un señor de ese nombre no frecuenta el café. Pero tal vez el jefe de camareros sepa algo. Este acercó, con su vientre puntiagudo de forma torpe, vaciló, pensó: —No, a él tampoco le es conocido ningún señor Mendel. ¿O quizá me refiero al señor Mandl, el señor Mandl de la tienda de abarrotes en la Florianigasse? Un sabor amargo me subió a los labios, sabor a fugacidad: ¿para qué vive uno, si el viento ya arrastra la última huella de nosotros tras el zapato? Treinta años, cuarenta quizá, una persona había respirado, leído, pensado, hablado en esos pocos metros cuadrados, y tan solo tres años, cuatro años habían de pasar, llegara un nuevo faraón, y ya no se supiese nada de Joseph, no se supiese en el Café Gluck nada de Jakob Mendel, el cazador de libros. Casi enfurecido, le pregunté al jefe de camareros si no podía hablar con el señor Standhartner o si acaso no quedaba nadie del antiguo personal. —Oh, el señor Standhartner, ¡ay de mí!, ya vendió el café, ha muerto, y el viejo jefe de camareros ahora vive en su humilde morada en Krems. —No, ya no queda nadie... ¿o sí? —¡Sí, sí! —la señora Sporschil todavía está, la mujer de los aseos (vulgarmente llamada la señora del chocolate). Pero seguramente ella ya no recordará a cada uno de los clientes. Pensé enseguida: a un Jakob Mendel no se le olvida, y le pedí que viniera.

Llegó la señora Sporschil, de cabello canoso, despeinada, con pasos algo inestables, sedientos de agua, saliendo de sus aposentos traseros, y se frotó apresuradamente las manos rojas con un paño: al parecer acababa de lim-

piar su oscuro vaso o de limpiar las ventanas. Por su forma insegura, noté enseguida que se sentía incómoda, al ser llamada tan de repente al área principal, bajo las grandes bombillas en la parte distinguida del café — en Viena la gente huele inmediatamente al detective y a la policía cuando alguien quiere interrogarla. Así, al principio me miró con recelo, con una mirada que se alzaba desde abajo, una mirada muy cautelosamente encorvada. ¿Qué bien podría yo querer de ella? Pero apenas le pregunté por Jakob Mendel, me miró con ojos llenos, casi desbordantes, y sus hombros se encogieron de manera brusca. — ¡Dios mío, el pobre señor Mendel, que aún alguien piense en él! Sí, el pobre señor Mendel — casi lloró, tan conmovida estaba, como suele suceder con los ancianos cuando se les recuerda su juventud, alguna buena y olvidada complicidad. Le pregunté si aún vivía. — ¡Ay, Dios mío, el pobre señor Mendel, debe llevar muerto ya cinco o seis años, no, siete años. ¡Qué buen hombre era, y si pienso cuánto tiempo lo conocí, más de veinticinco años, ya estaba allí cuando entré! Y fue una vergüenza haberlo dejado morir.— Se fue poniendo cada vez más agitada, preguntando si yo era algún pariente. Nunca nadie se había ocupado de él, nadie lo había preguntado — ¿acaso no sabe usted lo que le ha pasado?

—No, yo no sé nada, le aseguré; que me contara, que me contara todo. La buena dama se mostró tímida y avergonzada, secándose repetidamente las manos húmedas. Comprendí que le avergonzaba, como mujer de aseos con su delantal sucio y su despeinado cabello blanco, estar de pie aquí, en medio del salón del café, y además miraba siempre con recelo a ambos lados, por si algún camarero escuchaba. Así le propuse que fuéramos al salón de juegos, al antiguo sitio de Mendel; allí me contara todo. Conmovida, asintió, agradecida de que la entendiera, y se adelantó, la vieja, ya algo tambaleante, y yo la seguí. Los dos camareros nos miraron asombrados, percibiendo cierta conexión, y también algunos clientes se maravillaron ante tan dispar parejo. Y en aquella mesa, al otro lado, me contó (algunas minucias me las complementó otro relato más tarde) acerca de Jakob Mendel, de la caída del cazador de libros.

—Pues resulta, me dijo, que incluso después, cuando la guerra ya había comenzado, seguía viniendo día tras día a las siete y media de la mañana, y exactamente así estaba sentado y estudiaba todo el día, como siempre; sí, todos tenían la impresión y hablaban a menudo de que ni se daba cuenta de que era la guerra. Yo sé bien que nunca miraba un periódico ni hablaba con

nadie; pero aun cuando los pregoneros hacían su estruendo mortal con ediciones extraordinarias y todos los demás acudían a reunirse, él nunca se levantaba ni escuchaba. Tampoco se percataba de que faltaba el franco, el marchante (el que había caído en Gorlice), ni sabía que habían capturado al hijo del señor Standhartner en Przemysl, y nunca decía ni una palabra acerca de cómo el pan se volvía cada vez más miserable y le tenían que dar, en lugar de la leche, esa miserable mezcla de café de higos. Solo una vez se sorprendió de que ahora vinieran tan pocos estudiantes, y eso fue todo. —“Dios mío, el pobre hombre, nada le alegraba ni le importaba más que sus libros.”

Pero entonces, un día, sucedió la desgracia. A las once de la mañana, a plena luz del día, llegó un gendarme acompañado de un agente secreto, que mostró la roseta en el ojal y preguntó si por allí se encontraba algún Jakob Mendel. Luego se dirigieron de inmediato a la mesa de Mendel, y este, sin sospechar nada, creyó que iban a venderle libros o a preguntarle algo. Pero enseguida le ordenaron que les acompañara, y lo llevaron. Fue una vergüenza para el café; toda la gente se reunió alrededor del pobre señor Mendel, quien se quedó allí, parado entre los dos, con las gafas bajo el cabello, mirando de un lado a otro sin saber bien qué querían de él. Sin embargo, ellos, de inmediato, le dijeron al gendarme que debía tratarse de un error, que a un hombre como el señor Mendel no se le podría hacer daño ni siquiera a una mosca; pero entonces el agente secreto les gritó de inmediato, ordenándoles que no se metieran en funciones oficiales. Y luego se lo llevaron, y no volvió a aparecer por mucho tiempo, dos años. Hasta hoy no sabe bien ella qué fue lo que le quisieron hacer en aquel entonces. —“¡Pero yo juro, juro!” — dijo la anciana, alterada —, “el señor Mendel no pudo haber hecho nada malo. Se equivocaron, ¡pongo mi mano en el fuego! Fue un crimen contra ese pobre e inocente hombre, ¡un crimen!”

Y tenía razón, la buena y conmovida señora Sporschil. Nuestro amigo Jakob Mendel no había cometido en verdad ninguna injusticia, sino solo (solo más tarde llegué a enterarme de todos los detalles) una estupidez furiosa, conmovedora, e incluso en aquellos tiempos delirantemente improbables, explicable únicamente por la completa absorción, por el distanciamiento lunar de su singular presencia.

Sucedió lo siguiente: en la oficina de censura militar, que tenía la obligación de vigilar toda correspondencia con el exterior neutral, un día se inter-

ceptó una postal, escrita y firmada por un tal Jakob Mendel, debidamente franqueada para el extranjero, pero — ¡caso increíble! — dirigida al país enemigo, una postal a Jean Labourdaine, librero, París, Quai de Grenelle, en la que un cierto Jakob Mendel se quejaba de no haber recibido los últimos ocho números del “Bulletin bibliographique de la France” mensual, a pesar de tener abonada una suscripción anual. El funcionario de censura de menor rango, un profesor de secundaria con inclinación privada hacia el romanismo, a quien le habían engullido un abrigo azul de infantería rural, se asombró al recibir ese escrito. — Un chiste tonto, pensó. Entre los dos mil cartas que revisaba cada semana en busca de comunicaciones dudosas y giros sospechosos de espionaje, jamás se le había topado con un hecho tan absurdo: que alguien desde Austria enviara una carta a Francia con total despreocupación, es decir, que tirara una postal al buzón del país en guerra, como si esas fronteras no estuvieran ya cercadas desde 1914 con alambre de púas y, en cada día que Dios creó, Francia, Alemania, Austria y Rusia redujeran mutuamente su población masculina por unos cuantos miles de personas. Por ello, en un principio, depositó la postal como una curiosidad en el cajón de su escritorio, sin dar mayor seguimiento a tan absurda cuestión. Pero después de unas semanas volvió a llegar otra postal del mismo Jakob Mendel a un librero, John Aldridge, en Londres, Holborn Square, preguntando si podía conseguirle los últimos números de “Antiquarian”, y de nuevo venía firmada por ese mismo singular individuo, Jakob Mendel, que con conmovedora ingenuidad incluía su dirección completa.

A fin de cuentas, para el profesor, que llevaba la farda cosida, se le empezó a quedar un poco justo el espacio bajo el abrigo. Al final, ¿acaso se escondía algún enigmático sentido cifrado tras aquel torpe chiste? En todo caso, se puso en pie, juntó los talones y colocó ambas postales sobre la mesa ante el mayor. Este, encogiéndose de hombros, exclamó: — ¡Caso extraño! Primero avisó a la policía, para que investigara si realmente existía ese Jakob Mendel, y una hora más tarde Jakob Mendel ya había sido arrestado y, aún aturdido por la sorpresa, era conducido ante el mayor. Este le mostró las misteriosas postales y le preguntó si se reconocía como su autor. Con el tono severo y, sobre todo, porque lo habían interrumpido mientras leía un catálogo importante, Mendel casi bruscamente vociferó que, por supuesto, había escrito esas postales. Se suponía que aún tenía el derecho de reclamar un abono por su dinero pagado. El mayor se giró torcidamente en el sillón hacia el teniente que estaba en la mesa contigua. Los dos se entre-

cerraron los ojos en señal de complicidad: ¡un tonto quemado! Luego el mayor meditó si debía simplemente reprender severamente al simplón y echarlo, o si debía tomar el asunto con seriedad. En situaciones tan indecisas, en toda oficina se decide casi siempre, en primer lugar, levantar un acta. Un acta siempre es buena. Si no sirve de nada, tampoco hace daño, y un papel inútil más entre millones está lleno de anotaciones.

Porque en ese caso, lamentablemente, perjudicó a un pobre e inocente hombre, pues ya en la tercera pregunta surgió algo sumamente desastroso. Primero le exigieron su nombre: Jakob recte Jainkeff Mendel. Profesión: vendedor ambulante (ya que no poseía licencia de librero, solo un certificado de vendedor ambulante). La tercera pregunta fue una catástrofe: el lugar de nacimiento. Jakob Mendel mencionó un pequeño pueblo cerca de Petrikau. El Mayor arqueó las cejas. ¿Petrikau, acaso no estaba en la Rusia-polaca, cerca de la frontera? ¡Sospechoso! ¡Muy sospechoso! Así que interrogó con mayor rigor sobre cuándo había adquirido la ciudadanía austriaca. Las gafas de Mendel lo miraban fijamente, oscuras y desconcertadas: no entendía bien. ¡Al diablo, si acaso sabía dónde tenía sus papeles, sus documentos! No tenía más que el certificado de vendedor ambulante. El Mayor frunció el ceño aún más. Pues, sobre su ciudadanía, debía explicar de una vez por todas. ¿Qué había sido su padre, si austriaco o ruso? Con total calma, Jakob Mendel respondió: naturalmente, ruso. ¿Y él mismo? Ah, él se había colado ya hace treinta y tres años por la frontera rusa para no tener que hacer servicio militar, y desde entonces vivía en Viena. El Mayor se puso cada vez más inquieto. ¿Cuándo había adquirido aquí la ciudadanía austriaca? ¿Para qué? preguntó Mendel. Él dijo que nunca se había ocupado de esos asuntos. ¿Así que aún seguiría siendo ciudadano ruso? Y Mendel, a quien ya le aburría en el alma tal tedioso interrogatorio, respondió con indiferencia: “En realidad, sí.”

El Mayor se echó hacia atrás, tan bruscamente sorprendido, que el sillón crujió. ¡Eso existía, pues! En Viena, la capital de Austria, en medio de la guerra, a finales de 1915, un ruso paseaba sin ningún problema hacia Tarnow y la gran ofensiva, escribía cartas a Francia e Inglaterra, y la policía no se ocupaba de nada. Y entonces, los tontos de los periódicos se maravillan de que Conrad von Hötzendorf no haya avanzado de inmediato hasta Varsovia, y se asombran en el estado mayor cuando cada movimiento de tropas es informado a Rusia por espías. Incluso el teniente se levantó y se situó en la

mesa: la conversación se tornó rápidamente en un interrogatorio. ¿Por qué no se había identificado de inmediato como extranjero? Mendel, aún sin sospechar nada, respondió en su característico jergón judío cantado: “¿Para qué iba yo a identificarme de golpe?” Con esta pregunta invertida, el Mayor vio un desafío y, amenazadoramente, preguntó si acaso no había leído los anuncios. ¿No? ¿Acaso tampoco leía periódicos? No.

Ambos miraron fijamente a Jakob Mendel, que ya sudaba levemente de inseguridad, como si la luna hubiese caído en medio de su despacho. Entonces, sonó el teléfono, las máquinas de escribir chorrearon, llegaron las órdenes, y Jakob Mendel fue entregado a la prisión de la guarnición, para ser llevado con el siguiente convoy a un campo de concentración. Cuando se le indicó que debía seguir a los dos soldados, él miró sin entender. No comprendía lo que se esperaba de él, pero en realidad no tenía ninguna preocupación. ¿Qué podría ese hombre, de cuello dorado y voz tosca, querer hacerle de malo? En su elevado mundo de los libros no existía la guerra, ni la incompreensión, sino solo el conocimiento eterno y el afán de saber aún más sobre números y palabras, sobre títulos y nombres. Así, bajó la escalera de buen humor entre los dos soldados. Solo cuando le quitaron en la comisaría todos los libros de los bolsillos de su abrigo y le exigieron la billetera, en la que tenía guardados cien papeles importantes y direcciones de clientes, fue cuando comenzó a agitarse con furia. Tuvieron que someterlo. Pero en ese proceso, desafortunadamente, sus gafas cayeron al suelo con estrépito, y con ello su telescopio mágico hacia el mundo espiritual se quebró en mil pedazos. Dos días después, lo enviaron, con su delgado pantalón de verano, a un campo de concentración para civiles rusos cerca de Komorn.

Lo que Jakob Mendel vivió en esos dos años de campo de concentración en cuanto a horror mental, sin libros, sus amados libros, sin dinero, en medio de compañeros indiferentes, toscos y, en su mayoría, analfabetos, lo que sufrió allí, separado de su único y elevado mundo de libros como un águila con las alas cortadas se separa de su elemento etéreo —de eso no existe testimonio alguno. Pero poco a poco, el mundo, ya desencantado por su propia locura, sabe que de todas las crueldades y agresiones criminales de esta guerra, ninguna fue tan inútil, superflua y por ello moralmente imperdonable como el redondeo y la acumulación tras alambre de púas de civiles inocentes, que habían vivido durante muchos años en ese país extranjero como si fuera su hogar, y que, por fe equivocada, habían olvidado huir a

tiempo — un crimen contra la civilización, cometido tan absurdamente en Francia, Alemania e Inglaterra, como en cualquier porción de nuestro Europa, que se ha vuelto ridículamente absurda. Y quizá, Jakob Mendel, como otros cien inocentes, habría sucumbido a la locura o habría perecido miserablemente por agotamiento, por desfallecimiento, por devastación mental, si no hubiera sido, justo a tiempo, por una casualidad, una verdadera austríaca, que lo trajera de vuelta a su mundo. Pues, de hecho, varias veces después de su desaparición, habían llegado cartas a su dirección de distinguidos clientes; el conde Schönberg, el ex gobernador de Estiria, coleccionista fanático de obras heráldicas, el antiguo decano de la facultad de teología, Siegenfeld, que trabajaba en un comentario de Agustín, el octogenario almirante retirado de la flota, Edler von Pisek, que todavía perfeccionaba sus recuerdos, — todos ellos, sus leales clientes, habían escrito repetidamente a Jakob Mendel en el Café Gluck, y de esas cartas se enviaron algunas al desaparecido al campo de concentración. Allí cayeron en manos de un capitán de buen ánimo, que se sorprendió mucho de las distinguidas relaciones que tenía ese pequeño judío, medio ciego y sucio, que, desde que le habían destrozado las gafas (no tenía dinero para comprarse unas nuevas), se sentaba como un topo, gris, sin ojos y mudo en un rincón. Quien tuviese tales mecenazas debía ser, sin duda, algo especial. Así, le permitió a Mendel responder esas cartas y pedir a sus mecenas intercesión. Y la ayuda no se hizo esperar. Con la apasionada solidaridad de todos los coleccionistas, tanto la Excelencia como el Decano activaron enérgicamente sus conexiones, y su garantía unida logró que Buchmendel, en el año 1917, después de más de dos años de confinamiento, pudiera regresar a Viena, aunque bajo la condición de presentarse a diario en la policía. Y sin embargo, se le permitió volver al mundo libre, a su vieja, pequeña y estrecha buhardilla; pudo de nuevo pasar junto a sus queridos escaparates de libros y, sobre todo, regresar a su Café Gluck.

Esta vuelta de Mendel de un inframundo infernal al Café Gluck me la pudo relatar la honrada señora Sporschil por experiencia propia. “Un día — ¡Jessas, Marand, Joseph, creo que no me creo lo que veo! — se abre la puerta, ya sabe, de esa manera algo torcida, apenas entreabierta, como es habitual cuando entra, y ya tropieza en el Café, el pobre señor Mendel. Traía un abrigo militar raído, lleno de remiendos, y algo en la cabeza, que quizá alguna vez fue un sombrero, uno desechado. No tenía collar, y parecía la mismísima muerte, con la cara y el cabello grises, y tan flaco que resultaba es-

pantoso. Pero entra, como si nada hubiese pasado, no pregunta, no dice nada, se dirige a aquella mesa, se quita el abrigo, pero no lo hace con la ligereza y rapidez de antes, sino que lo hace con un pesado resoplido. Y no traía ningún libro, como solía hacerlo — solo se sentó y no dijo nada, quedándose mirando fijamente, con los ojos completamente vacíos, casi agotados. Fue recién, poco a poco, cuando le trajimos todo el paquete de escritos que venían para él desde Alemania, que volvió a empezar a leer. Pero ya no era el mismo.”

No, ya no era el mismo, ya no era el *Miraculum mundi*, la mágica registraduría de todos los libros: todos los que lo vieron en aquel entonces me han contado con melancolía lo mismo. Algo parecía irremediablemente destruido en aquella mirada, que solía leer como dormida; algo estaba destrozado: el horrible cometa de sangre debió haber golpeado, en su furioso correr, también contra ese apartado, pacífico, en este estelar alkyónico de su mundo de libros. Sus ojos, acostumbrados durante décadas a las delicadas, silenciosas y de patas de insecto letras de la escritura, debieron haber visto horrores en aquella muralla de alambre de púas humana, pues los párpados caían pesadamente sobre aquellas pupilas, que antes destilaban agilidad e ironía, y ahora se atenuaban somnolientas y rojizas bajo unas gafas reparadas y torpemente atadas con un fino cordel. Y aún peor: en la fantástica arquitectura artística de su memoria debió haber caído algún pilar, y todo el entramado haber quedado desordenado; pues tan delicado es, en efecto, nuestro cerebro, ese mecanismo de conmutación formado de la sustancia más sutil, ese instrumento de precisión mecánica de nuestro saber, que un capilar aglomerado, un nervio estremecido, una célula fatigada, o una molécula desubicada, basta para silenciar la magnífica y esférica armonía de un espíritu. Y en la memoria de Mendel, esa única clavija del conocimiento, al volver, las teclas se atascaban. De vez en cuando, si alguien le pedía información, lo miraba exhausto y ya no entendía con exactitud, se equivocaba en la conversación y olvidaba lo que se le decía — Mendel ya no era Mendel, así como el mundo ya no es el mundo. Ya no se mecían de un lado a otro sumido en su lectura, sino que, la mayoría de las veces, se sentaba rígido, con las gafas frías y mecánicas apoyadas sobre el libro, sin que uno supiera si estaba leyendo o simplemente divagando. Varias veces, según contaba la señora Sporschil, su cabeza caía pesadamente sobre el libro, y se dormía a plena luz del día, y a veces se quedaba mirando, horas enteras, la extraña y fétida luz de la lámpara de acetileno, que le habían puesto en el

escritorio en aquellos tiempos de escasez de carbón. No, Mendel ya no era Mendel, ya no era un milagro del mundo, sino un viejo barbudo y vestido inútil, colgado sin sentido en aquel que antaño fue un trono mítico, ya no era el orgullo del Café Gluck, sino una vergüenza, una mancha, apestoso, desagradable a la vista, un parásito incómodo e innecesario.

Así lo percibía también el nuevo dueño, un tal Florian Gurtner de Retz, que, habiéndose enriquecido con el traspaso de harina y mantequilla en el año de hambre 1919, había arrimado el Café Gluck al respetable señor Standhartner por ochenta mil efímeros billetes de papel. Con sus firmes manos de labrador, tomó el lugar con decisión, renovó de prisa el venerable café a lo noble, compró a tiempo nuevos fauteuils para suplir los papeles deteriorados, instaló un portal de mármol e incluso negociaba ya por el local contiguo, para añadir un vestíbulo musical. Con tan precipitada embellecimiento, naturalmente le molestaba mucho este parásito gallego, que durante el día ocupaba solo una mesa desde la mañana hasta la noche y bebía en total solo dos tazones de café y consumía cinco panes. Es cierto que Standhartner le había recomendado especialmente a su antiguo huésped y tratado de explicar lo significativo e importante que era Jakob Mendel, casi como si lo hubiese entregado junto con el inventario como una servidumbre inherente a la empresa. Pero Florian Gurtner, con los nuevos muebles y la caja registradora de aluminio reluciente, había adquirido también la pesada conciencia de los tiempos de ganancia, y solo esperaba un pretexto para echar de su distinguido local ese último y molesto resto de mendacidad suburbana. Un buen motivo parecía pronto llegar; porque a Jakob Mendel le iba mal. Sus últimos billetes ahorrados habían sido triturados en el molino de papel de la inflación, sus clientes se habían perdido. Y, de nuevo, como pequeño cazador de libros, le faltaba la fuerza para subir escaleras y juntar libros apresuradamente. Le iba miserablemente, se notaba por cientos de pequeños signos. Rara vez dejaba que le trajeran algo del mesón, y hasta el módico pago por café y pan se le atrasaba cada vez más, en una ocasión incluso durante tres semanas. Ya en aquel entonces el jefe de camareros quiso echarlo a la calle. Fue entonces cuando la honrada señora Sporschil, la mujer de los aseos, se compadeció de él y se ofreció como fiadora.

Pero al mes siguiente ocurrió la desgracia. El nuevo jefe de camareros había notado ya en varias ocasiones que, en la cuenta, nunca cuadraba lo relativo a la repostería. Cada vez faltaban más panes de lo que se había

anunciado y pagado. Naturalmente, su sospecha se volcó de inmediato sobre Mendel; pues en varias ocasiones el viejo y tambaleante criado ya se había presentado para quejarse de que Mendel le debía el pago desde hacía medio año, y que no podía obtener ni un centavo. Así que el jefe de camareros prestó especial atención, y ya dos días después logró, escondido detrás del paraventa del horno, atrapar a Jakob Mendel, viéndolo levantarse furtivamente de su mesa, y dirigirse al otro cuarto delantero, donde rápidamente tomó de una cesta de pan dos bollos pequeños y se los tragó con avidez. Al hacer la cuenta, afirmó no haber comido ninguno. Así quedó aclarado el hurto. El camarero informó de inmediato al señor Gurtner, y éste, regocijándose por el pretexto tan largamente buscado, regañó a Mendel ante todos, lo acusó de robo e incluso alardearon de que no llamaría a la policía de inmediato. Pero le mandó, de una vez por todas, que se fuese al diablo. Jakob Mendel solo tembló, no dijo nada, se levantó tambaleante de su asiento y se marchó.

“¡Qué lástima fue!”, relató la señora Sporschil esa despedida. “Nunca lo olvidaré, cómo se levantó, empujándose las gafas hacia la frente, blancas como una toalla. No se dio tiempo a ponerse el abrigo, a pesar de que era enero, ya sabe, en aquel frío invierno. Y dejó su libro sobre la mesa en su susto; yo lo noté recién después y quise ir a buscarlo para entregárselo. Pero él ya había caído torpemente hacia la puerta. Y yo no me habría atrevido a salir a la calle; porque el señor Gurtner se plantó en la entrada y le gritó, haciendo que la gente se quedara y se apiñara. Sí, fue una vergüenza, me avergoncé hasta lo más profundo del alma. Eso no debió haber pasado con el viejo señor Standhartner, que uno expulsa a alguien solo por un par de bollos, a lo que él podría haber comido gratis el resto de su vida. Pero la gente de hoy, no tiene corazón. Expulsar a alguien que ha comido allí día tras día durante más de treinta años —en verdad, fue una vergüenza, y no quisiera tener que dar la cara ante el buen Dios— yo no lo haría.”

Estaba tan alterada, la buena mujer, y con la apasionada loquacidad de la vejez repetía una y otra vez lo de la vergüenza y del señor Standhartner, que jamás habría sido capaz de hacer tal cosa. Finalmente, tuve que reprenderla para que me dijera qué había sido de nuestro Mendel y si lo había vuelto a ver. Entonces se recompuso y se excitó aún más. “Cada día, cuando paso junto a su mesa, siempre, créanme, me da un coscorrón. Siempre he tenido que pensar, ¿dónde estará ahora, el pobre señor Mendel? Y si supiera dónde

vive, iría a llevarle algo caliente; porque, ¿de dónde iba a sacar el dinero para la calefacción y la comida? Y, según sé, no tenía parientes en el mundo. Pero al final, como nunca he vuelto a oír nada de él, ya me dije que debía haber acabado con él, y que nunca más lo vería. Y hasta pensé en encargarle que se celebrara una misa en su honor; porque era un buen hombre, y se conocían entre sí, ¡más de veinticinco años!”

“Pero una vez, por la mañana, a las siete y media en febrero —yo estaba limpiando el latón de las contraventanas—, de repente (quiero decir, me asalta el desconcierto), de repente se abre la puerta, y entra el Mendel. Ya sabe, siempre entra de forma algo torcida y desorientada, pero esta vez era de algún modo diferente. Al instante me di cuenta, se tambaleaba de un lado a otro, tenía unos ojos muy brillantes y, ¡Dios mío, cómo lucía!, tan flaco, apenas con piernas y barba. Inmediatamente me pareció evidente: pensé enseguida que él no sabía de nada, que en pleno día andaba como un dormilón, que lo había olvidado todo, tanto lo de los bollos como lo del señor Gurtner y lo vergonzoso de haberlo echado; que no sabía nada de sí mismo. ¡Gracias a Dios! el señor Gurtner aún no estaba, y el jefe de camareros acababa de terminar su café. Entonces salté rápidamente para decirle claramente que no debía quedarse, que no se dejara arrojar de nuevo por ese tipo rudo (y en ese momento se miró a su alrededor tímidamente y corrigió rápidamente —quiero decir, del señor Gurtner). Así que: “Señor Mendel”, le llamé. Él levantó la vista. Y entonces, en ese instante —¡Dios mío, qué espantoso fue ese instante!— debió recordarlo todo; porque enseguida se encogió y empezó a temblar, pero no solo temblaba los dedos, no, temblaba en cuerpo entero, tanto que se le notaba hasta en los hombros, y pronto volvió a tambalearse hacia la puerta. Allí se desplomó. Inmediatamente llamamos a la sociedad de auxilio, y ellos lo llevaron, febril, tal como estaba. Esa misma tarde murió, de neumonía grave, dijo el doctor, y también comentó que desde hacía tiempo ya no se daba cuenta de sí mismo, de que podía volver a nosotros. Simplemente lo había afectado tanto, como a un dormilón. ¡Dios mío, si uno ha estado sentado en un mismo sitio durante treinta y seis años cada día, esa mesa llega a ser su hogar!”

Hablamos largamente de él, los dos últimos que conocieron a ese hombre singular: yo, a quien, en mi juventud, a pesar de su existencia microscópica, él había dado la primera idea de una vida completamente consagrada al espíritu, y ella, la pobre y aislada mujer de los aseos, que jamás había leído un

libro, y que sólo se había sentido unida a aquel camarada de su miserable mundo inferior porque, durante veinticinco años, le había cepillado el abrigo y cosido los botones. Y, sin embargo, nos entendíamos de maravilla en torno a aquella vieja mesa abandonada, en la comunión de la sombra evocada en conjunto; porque el recuerdo siempre une, y doblemente, cada recuerdo en amor. De pronto, en medio de la charla, se acordó: “¡Jesús, qué olvidadiza soy — aún tengo el libro, el que dejó en la mesa aquel día! ¿Dónde se lo habría llevado? Y después, como nadie se presentó, pensé que podía quedármelo como recuerdo. ¿No es así? No hay nada de malo en ello, ¿verdad?” Apresuradamente lo sacó de su trastienda. Y yo tuve dificultad para contener una pequeña sonrisa; porque justamente lo conmovedor se mezcla a menudo, de forma juguetona y a veces irónica, con lo cómico de un destino que, de vez en cuando, añade maliciosamente lo absurdo. Era el segundo tomo de la *Bibliotheca Germanorum erotica et curiosa* de Hayn, el compendio de literatura galante bien conocido por todo bibliófilo. Precisamente ese catálogo atrevido — *habent sua fata libelli* — había caído como último legado del mago perdido en aquellas manos maltrechas, enrojecidas, ignorantes, que seguramente nunca sostuvieron nada más que un libro de oraciones. Me costó mucho contener la sonrisa que se asomaba de mi interior, y esa pequeña vacilación confundió a la honrada mujer. ¿Acaso al final era algo valioso, o acaso pensaba yo que ella podía quedárselo?

Le estreché la mano con sinceridad. “Quédese con él, por favor, a nuestro viejo amigo Mendel solo le habría alegrado que al menos uno de los muchos miles que le agradecen un libro, aún se acuerde de él.” Y luego me fui, avergonzado por aquella honrada y anciana mujer, que de forma sencilla y a la vez profundamente humana, había permanecido fiel a ese difunto. Porque ella, la iletrada, al menos había conservado un libro para recordarlo mejor; yo, en cambio, había olvidado a Buchmendel durante años, precisamente yo, que debería saber que los libros se crean únicamente para conectar a las personas más allá del aliento propio y para defendernos contra el implacable adversario de toda existencia: la fugacidad y el olvido.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB